

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: La gran batalla entre el Bien y el Mal (14/22)

Ak escuchó con seriedad el relato de Claus, acariciándose la barba de tal manera que con ese movimiento lento y grácil denotaba una profunda reflexión. Asintió con aprobación cuando Claus contó cómo los Knooks y las Hadas lo salvaron de la muerte, y frunció el ceño cuando oyó cómo los Awgwas le robaron los juguetes para los niños. Finalmente dijo:

—Desde el comienzo he aprobado el trabajo que estás haciendo entre los hijos de los hombres, y me molesta que tus buenas acciones se vean frustradas por los Awgwas. Nosotros, los inmortales, no tenemos relación alguna con las criaturas malvadas que te han atacado. Siempre los hemos evitado, y ellos, a su vez, se han cuidado de no cruzarse en nuestro camino. Pero en este asunto encuentro que han interferido con uno de nuestros amigos, y les pediré que abandonen su persecución, ya que estás bajo nuestra protección. Claus le agradeció al Maestro de los Bosques y regresó a su Valle, mientras Ak, que nunca se demoraba en cumplir sus promesas, viajó inmediatamente a las montañas de los Awgwas.

Allí, de pie sobre las rocas desnudas, llamó al Rey y a su gente para que aparecieran.

Al instante, el lugar se llenó de multitudes de Awgwas con el ceño fruncido, y su Rey, posado sobre la punta de una roca, exigió ferozmente:

—¿Quién se atreve a llamarnos?

—Soy yo, el Maestro de los Bosques del Mundo —respondió Ak.

—Aquí no hay bosques que puedas reclamar —gritó el Rey furioso—. No te debemos lealtad a ti, ¡ni a ningún inmortal!

—Eso es cierto —respondió Ak con calma—. Sin embargo, se han aventurado a interferir con las acciones de Claus, que habita en el Valle de la Risa y está bajo nuestra protección.

Muchos de los Awgwas comenzaron a murmurar ante este discurso, y su Rey se volvió amenazadoramente hacia el Maestro de los Bosques.

—¡Tú gobiernas los bosques, pero las llanuras y los valles son nuestros! —gritó—. ¡Quédate en tus oscuros bosques! Haremos lo que queramos con Claus.

—¡No le harán ningún daño a nuestro amigo! —respondió Ak.

—¿No lo haremos? —preguntó el Rey con insolencia—. ¡Ya verás! Nuestros poderes son muy superiores a los de los mortales, y tan grandes como los de los inmortales.

—Es su arrogancia lo que los engaña —dijo Ak con severidad—. Son una raza pasajera, que pasa de la vida a la nada. Nosotros, los que vivimos eternamente, los compadecemos, pero los despreciamos. En la Tierra son

despreciados por todos, ¡y en el Cielo no tienen lugar! Incluso los mortales, después de su vida terrenal, entran en otra existencia para siempre, y así son sus superiores. Entonces, ¿cómo te atreves tú, que no eres ni mortal ni inmortal, a negarte a obedecer mi deseo?

Los Awgwas se pusieron de pie con gestos amenazadores, pero su Rey les hizo un gesto para que retrocedieran.

—Nunca antes —le gritó a Ak, mientras su voz temblaba de rabia—, un inmortal se había declarado el amo de los Awgwas. ¡Nunca más un inmortal se atreverá a interferir en nuestras acciones! Porque vengaremos tus despreciativas palabras matando a tu amigo Claus dentro de tres días. Ni tú, ni todos los inmortales podrán salvarlo de nuestra ira. ¡Desafiamos tus poderes! ¡Vete, Maestro de los Bosques del Mundo! En el país de los Awgwas no tienes lugar.

—¡Es la guerra! —declaró Ak, con ojos brillantes.

—¡Es la guerra! —respondió el Rey salvajemente—. En tres días tu amigo estará muerto.

El Maestro se alejó y fue a su Bosque de Burzee, donde convocó una reunión de los inmortales y les contó el desafío de los Awgwas y su propósito de matar a Claus en tres días.

Los pequeños lo escucharon en silencio.

—¿Qué haremos? —preguntó Ak.

—Estas criaturas no son beneficiosas para el mundo —dijo el Príncipe de los Knooks—; debemos destruirlas.

—Sus vidas son devotas únicamente a malas acciones —dijo el Príncipe de los Ryls—. Debemos destruirlos.

—No tienen conciencia y se esfuerzan por hacer a todos los mortales tan malos como ellos —dijo la Reina de las Hadas—. Debemos destruirlos.

El Maestro de los Bosques sonrió.

—Hablan bien —dijo—. Sabemos que estos Awgwa son una raza poderosa, y lucharán denodadamente; sin embargo, el resultado es seguro. Porque nosotros que vivimos nunca podemos morir, aunque seamos conquistados por nuestros enemigos, mientras que cada Awgwa que es abatido es un enemigo menos que se nos opone.

Prepárense, pues, para la batalla, ¡y decidámonos a no mostrar piedad a los malvados!

Así surgió esa terrible guerra entre los inmortales y los espíritus del mal sobre la que se canta en el País de las Hadas hasta el día de hoy.

El rey Awgwa y su banda decidieron cumplir la amenaza de destruir a Claus. Ahora lo odiaban por dos razones: hacía felices a los niños y era amigo del Maestro de los Bosques. Pero desde la visita de Ak tenían motivos para temer la oposición de los inmortales, y temían la derrota. Así que el Rey envió veloces mensajeros a todas partes del mundo para convocar a todas las criaturas malignas en su ayuda.

Y al tercer día de la declaración de guerra, un poderoso ejército estaba a las órdenes del Rey Awgwa. Había trescientos Dragones Asiáticos, que exhalaban fuego que consumía todo lo que tocaba. Estos odiaban a la humanidad y a todos los buenos espíritus. Y estaban los Gigantes de tres ojos de Tatary, que ellos mismos ya equivalían a un ejército, a quienes nada les gustaba más

que luchar. Y a continuación venían los Demonios Negros de Patalonia, con grandes alas extendidas como las de un murciélago, que sembraban el terror y la miseria por el mundo mientras golpeaban el aire. A ellos se unieron los Goozzle-Goblins, con largas garras afiladas como espadas, con las que arañaban la carne de sus enemigos. Finalmente, todos los Awgwa de las montañas del mundo habían acudido a participar en la gran batalla contra los inmortales.

El rey Awgwa miró a su alrededor y contempló aquel vasto ejército, y su corazón latió con orgullo perverso, pues creía que triunfaría con toda seguridad sobre sus gentiles enemigos, que nunca antes habían luchado. Pero el Maestro de los Bosques no había estado inactivo.

Ninguno de los suyos estaba acostumbrado a la guerra, pero ahora que debían enfrentarse a las huestes del mal, se preparaban de muy buena gana para la batalla. Ak les había ordenado reunirse en el Valle de la Risa, donde Claus, ignorante de la terrible batalla que se iba a librar por su culpa, estaba tranquilamente fabricando sus juguetes.

Pronto todo el Valle, de colina a colina, se llenó de pequeños inmortales. El Maestro de los Bosques fue el primero, portando un hacha reluciente que brillaba como la plata bruñida. Después llegaron los Ryls, armados con afiladas espinas de zarzas. Después, los Knooks, con las lanzas que utilizaban cuando se veían obligados a someter a sus bestias salvajes. Las Hadas, vestidas de gasa blanca con alas del arco iris, llevaban varitas de oro, y las Ninfas del Bosque, con sus uniformes verdes

como hojas de roble, portaban varas de fresno como armas.

El Rey Awgwa soltó una carcajada al ver el tamaño y las armas de sus enemigos. Sin duda, la poderosa hacha del Maestro era temible, pero las Ninfas de rostro dulce y las hermosas Hadas, los gentiles Ryls y los torcidos Knooks eran gente tan inofensiva que casi sintió vergüenza de haber llamado a tan terrible hueste para oponerse a ellos.

—Ya que estos tontos se atreven a luchar —le dijo al líder de los Gigantes Tatory—, ¡los abrumaré con nuestros poderes malignos!

Para comenzar la batalla, levantó una gran piedra con la mano izquierda y la arrojó contra la robusta figura del Maestro de los Bosques, que la apartó con su hacha. Entonces los Gigantes de tres ojos de



Tatory se abalanzaron sobre los Knooks, los Goozzle-Goblins sobre los Ryls y los Dragones que escupían fuego sobre las dulces Hadas. Como las Ninfas eran el propio pueblo de Ak, la banda de Awgwas las buscó, pensando vencerlas con facilidad.

Pero es ley que mientras el Mal, sin oposición, puede llevar a cabo actos terribles, los poderes del Bien nunca pueden ser derrocados cuando se oponen al Mal. ¡Bien le hubiera ido al Rey Awgwa si hubiera conocido la Ley!

Su ignorancia le costó su existencia, pues un destello del hacha que portaba el Maestro de los Bosques del Mundo partió en dos al malvado Rey y libró a la tierra de la criatura más vil que contenía.

Los Gigantes de Tatary se sorprendieron enormemente cuando las lanzas de los pequeños Knooks atravesaron sus gruesas paredes de carne y los hicieron caer al suelo con aullidos de agonía.

Desgraciados fueron los Goblins de afilados talones cuando las espinas de los Ryls alcanzaron sus salvajes corazones y dejaron que su sangre salpicara toda la llanura. Y después de cada gota creció un cardo.

Los Dragones se detuvieron asombrados ante las varitas de las Hadas, de donde brotó un poder que hizo que sus ardientes alientos fluyeran de vuelta sobre sí mismos, de modo que se marchitaron y murieron.

En cuanto a los Awgwa, apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de cómo habían sido destruidos, pues las varitas de fresno de las Ninfas tenían un encanto desconocido para cualquier Awgwa, y convertían a sus enemigos en terrones de tierra al menor contacto.

Cuando Ak se apoyó en su reluciente hacha y se volvió para contemplar el campo de batalla, vio que los pocos Gigantes que podían correr desaparecían por las lejanas colinas de regreso a Tatary. Los Goblins habían perecido todos, al igual que los terribles Dragones, mientras que de los malvados Awgwas sólo quedaba un gran número de montículos de tierra que salpicaban la llanura.

Y ahora los inmortales se desvanecían del Valle como el rocío al amanecer, para reanudar sus tareas en el

Bosque, mientras Ak caminaba lenta y pensativamente hasta la casa de Claus y entraba.

—Tienes muchos juguetes listos para los niños —dijo el Maestro de los Bosques—, y ahora puedes llevarlos por la llanura hasta las viviendas y las aldeas sin miedo.

—¿No me harán daño los Awgwas? —preguntó Claus ansioso.

—Los Awgwas —dijo Ak—, ¡han perecido!

Ahora con gusto habré terminado con los espíritus malignos y con la lucha y el derramamiento de sangre. No fue por elección que hablé de los Awgwas y sus aliados, y de su gran batalla contra los inmortales. Eran parte de esta historia y no podían evitarse.